

Bolivia: esplendor y tra

Texto y fotos por Pablo Cuví

Diablada del Carnaval de Oruro.



gedia del mundo andino



dicen los viajados que los ecuatorianos somos como bolivianos con Valium. Si eso es verdad, debemos agradecer al legendario calmante el habernos ahorado unos treinta golpes de Estado adicionales, porque solo Bolivia nos gana en inestabilidad y derrocamientos. Y nos gana en tamaño, en música, en la calidad de los tejidos, en la profundidad de las raíces indígenas y en la inmensidad del lago Titikaka que se extiende a 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, de ese mar que perdieron en la Guerra del Pacífico.

Pero Bolivia es bastante más pobre que el Ecuador en su economía y tiene una historia mucho más angustiada, aunque semejante en ciertos aspectos esenciales desde la Independencia: la otrora Audiencia de Charcas nunca halló lugar ni destino claro entre la rancia Lima y el pujante Buenos Aires, ni entre Brasil y Chile, y ningún vecino quería verla poderosa como lo fuera durante los primeros tiempos de la Colonia, cuando el río de plata que fluía incesante desde Potosí solventaba al imperio español y organizaba a su alrededor una amplia estructura económica: hasta el lejano Quito exportaba paños, arte religioso y otros ítems a esa villa opulenta y frenética que se arremataba al legendario Cerro Rico.

Lo dicho es razón suficiente para empezar esta crónica justo aquí, arribita de Potosí, en la bocamina de un laberinto de túneles que se fueron tejiendo en el corazón de la montaña, primero tras de la plata; luego, del estaño; luego, del zinc, y así desde el siglo XVI hasta el día de hoy en que, armados de sendos cascos con linternas inquietas como cocuyos, ingresamos agazapados detrás de Jorge, descen-

diente de esa recia estirpe de mineros que igual socavan la roca persiguiendo la veta luminosa, que se enfrentan con tacos de dinamita a los fusiles del orden oligárquico. Su abuelo murió de silicosis a causa del polvo aspirado durante años, y al papá se lo cargó una mala explosión de dinamita a la edad de 39 años.

En la entrada del socavón observamos manchas de sangre untada en la piedra; es la sangre de las llamas que sacrifican los mineros en las fiestas del espíritu; hacen luego una parrillada con la carne del camélido, acompañada de ocas, habas, papas preparadas en hornos rústicos, sin aliños ni sal ni limón, para evitar la mala suerte, mientras las vísceras crudas son enterradas dentro de la mina y se baila encima, al ritmo del charango. Ésta es una ofrenda para el Tío, el dios de la mina, para que él también se alimente y no “coma” a los hombres vivos.

Ahora, luego de eludir los escombros de un derrumbe reciente y voltear un callejón, damos con el altar, en este caso, de dos tíos con cachos de diablo, ojos fosforescentes y grandes penes erectos, fácil metáfora de la veta que va creciendo y símbolo de este mundo machista donde no entran las mujeres porque traen mala suerte.

—¿Cómo así? —reclama Amanda que viene medio asustada por las cavernas, haciendo de tripas corazón.

Para congraciarnos con el Tío regamos alcohol y bebemos un sorbito que quema la boca, ¡ahgg, trago de 90 grados, *mamma mia*, perdón, Pachamama mía! “Estas supersticiones alimentan el alma del minero, solo así puede seguir en un trabajo tan duro —explica Jorge, quien subió a trabajar ocasionalmente a la mina desde los 13 años, pero logró estudiar en la universidad y convertirse en guía—. Y si cae el precio del mine-

ral no atribuyen al mercado internacional, sino al Tío disgustado y prometen portarse mejor, no pelear, tener fe”.

Una fe semejante, aunque más refinada, necesitaban las ricas herederas —cada desdichada segunda hija de cada encomendero— que eran entregadas al convento de clausura de Santa Teresa con sirvientas y todo, cárcel dorada, pero cárcel, donde mortificar la carne en eterna acechanza del espíritu. En la tarde de este lunes de Carnaval, visitantes de diversas latitudes recorreremos salas, patios y aposentos, donde cuelgan obras de Melchor Pérez de Holguín, padre de la Escuela Potosina, que rivalizaba con la Quiteña, diferenciándose a primera vista por el uso del pan de oro, el fondo tenebroso, la exagerada utilización de la sangre. En la minúscula urna del altar barroco, una Dolorosa exhibe su cabellera natural hecha con el pelo de las novicias que eran rapadas en el ingreso.

Pasamos al refectorio donde permanece la calavera que presidía las comidas escuetas. Mirando esos jesuses tan sensuales, casi desnudos, cabe imaginar las fantasías que debieron reprimir a diario tantas niñas-bien condenadas a la salvación eterna. No en vano, más allá se exhiben los cilicios para morder la carne, desgarrarla, infectarla.

El horror de la mina y las mitas de indios, que significaban una muerte segura, y el martirio gratuito de las tiernas carnes de las hijas de los beneficiarios son las dos caras de la misma moneda, si se quiere de plata fina, de esa plata ensangrentada y bendecida que se acuñaba en la Casa de la Moneda, instalada en 1573, reconstruida dos siglos después, que fuera un tiempo cárcel y otro cuartel, y que hoy es un espléndido museo, cerrado por Carnaval para



DE ARRIBA ABAJO:

• "El Evo" baila en la fiesta callejera de Oruro.

• Vendedora de panes en la Feria del Ekeko.

• Palomas y pacheños en la Plaza Murillo, La Paz.

rran en la base de la nueva casa o negocio para que crezcan airosos.

Amanda puede pasar horas esculcando en las tiendas y puestos de las verdaderas bulliciosas; yo no, de manera que me traslado a la plaza Murillo, con su abigarrada población de palomas de Castilla, cholos con sombrero bombín (herencia del contrabando inglés) y niños correteando entre los jubilados de siempre que miran ondear la bandera sobre las columnas del Palacio de Gobierno, el Palacio Quemado, y rememoran los incesantes cambios, vaivenes, asonadas y linchamientos (en este mismo lugar se ha colgado a líderes como Murillo, cuya estatua domina la plaza) generados desde la Guerra del Chaco para no ir más lejos, allá por los años 30 del siglo pasado, guerra patética e inútil con los vecinos paraguayos, reflejada en ese cuento inolvidable de Augusto Céspedes sobre la sed espantosa y la pelea a muerte por un pozo seco.



¿Qué está pasando en Bolivia?

Tal es la pregunta que uno debe responder al toparse de vuelta con los interesados en la política. Para unos se trataría de un capítulo más del enfrentamiento atávico de los indios aymaras y quechuas del Altiplano, que son los más (casi 60% de la población total) y los más pobres, contra el poder real, representado en esta ocasión por las élites latifundistas de la llamada Media Luna, que abarca las prefecturas amazónicas y la sureña e hidrocarburífera Tarija, quienes levantan imposibles banderas autonómicas. En corto, mientras el Gobierno busca lograr la aprobación en





nuestra desdicha, y ante cuyo portón verde se descuelgan todas las aguas del cielo o, mejor, de La Niña, fenómeno climático que anega la Amazonía y el salar de Uyuni, obligándonos a reordenar el viaje a partir de La Paz.

Cuatro días antes

Por coincidencia, no bien aterrizar en El Alto, nos cruzamos con uno de los hombres más poderosos del país después de Evo Morales, el embajador de Venezuela, quien tendría oficina en el Palacio Quemado, dicen, y helicóptero a las órdenes. No suena muy raro, con todo el respaldo que brinda su país al gobierno boliviano (incluido el helicóptero presidencial). Pero antes de hablar de política, hagamos un poco de turismo.

Desde el 24 de enero, día de Nuestra Señora de La Paz, al final de la céntrica calle Camacho tiene lugar la Ala-

sita, o Feria del Ekeko, esa figurita simpática, gordita, cargada de ofrendas, antiguo dios de la prosperidad, para quien se elaboran cientos de miniaturas de toda especie, que reflejan el anhelo de cada devoto: casitas, billetes por supuesto, computadoras, pasajes a España, herramientas, ropas, animales, alimentos, línea blanca; tanto así que los puristas demandan si de dios aymara de la fertilidad no habrá devenido el Ekeko en símbolo de la ambición mestiza, pero qué importa, los dioses se modernizan al ritmo de los deseos ciudadanos.

Vamos curioseando por los quioscos colmados de miniaturas, hasta desembocar en la sección golosinas. “¿Qué dulces quiere, mamita?”, pregunta a Amanda la vendedora con esa amabilidad tan boliviana que se recibe por todo lado: hay *chambergos* de Potosí, *sopaypillas*, *orejón*, coco rallado,

La ciudad colonial de Potosí, con el Cerro Rico al fondo.

do, alfajores de hojarasca, alfandoques y otras golosinas; parece una síntesis de la antigua feria de Finados ambateña, con sus juguetitos artesanales, y los dulces cuencanos del Septenario.

De aquí pasamos a la tradicional calle Sagárnaga, que asciende de la esquina de la iglesia de San Francisco, cuya fachada de piedra de Viacha incluye chirimoyas y aves tropicales. Loma arriba es el desmadre, el barroquismo callejero, la fiesta de los tejidos, las fajas, los ponchos, objetos antiguos de madera y metal y puestos de venta de amuletos, menjunjes para el amor, idolitos de cerámica erótica, hierbas, piedras poderosas, el cascabel de la serpiente idem, rebanadas del cactus alucinógeno llamado San Pedro (cuestión de hervir y volar libremente) y, *top of*

el Gobierno busca lograr la aprobación en referéndum de la nueva Constitución, donde se cargan las tintas a favor de las 36 naciones indígenas con autonomías diseñadas ad hoc, y se intenta limitar los latifundios, la oposición pretende aprobar en las urnas sus estatutos autonómicos.

Indígena aymara, cocalero, sindicalista, simpático, “El Evo”, muy querido en el Altiplano, lanzó la Renta Dignidad para los viejos y un bono de educación para los niños, renegoció muy bien el gas y, con el apoyo de cubanos y venezolanos, viene desarrollando campañas de salud popular y alfabetización. Sí, todo eso positivo, pero no ha sabido manejar los conflictos regionales, y, en vez de amortiguarlos, los ha ido exacerbando con medidas y maniobras como, por ejemplo, obtener la aprobación de la Constitución al apuro en Oruro, sin presencia de la oposición, y quitar fondos hidrocarbúricos de las prefecturas para destinarlos al pago de los bonos.

Por ello, a pesar de que Bolivia está curada de espantos, los analistas imparciales no descartan que una agudización de los conflictos conduzca a enfrentamientos armados, soluciones bonapartistas, disolución del frágil y amenazado Estado nacional, intervención extranjera... aunque este surtido menú de desastres no excluya una salida democrática, consensuada. Por ahora, el prefecto paceño funge de mediador: “A pesar de los marxistas, la lucha no es de clases sino entre las regiones y el centralismo”, dice. Pero otros, que denuncian un supuesto “racismo al revés” del Movimiento al Socialismo (MAS), advierten el peligro de un conflicto étnico. La cabeza de la oposición es el prefecto de Santa Cruz, provincia ganadera, manejada por una “oligarquía” terrateniente que fomenta el

racismo de los *campesinos* tropicales contra los *collas* de la altura.

Históricamente, es un escenario mucho más polarizado y dramático que el ecuatoriano, con periódicos estallidos de violencia y matanzas de mineros y campesinos. Recuerdo que en 1975 leía, en la revista *Crisis* de Eduardo Galeano, que el ejército boliviano “perdió todas las guerras pero ganó todas las masacres”, aunque, llevando agua para su molino, este Gobierno habría reforzado hábilmente la corriente nacionalista de los militares, heredera de la revolución popular de 1952.

Historias paceñas

En la calle Jaén, restaurada y peatonal, funcionan cuatro museos simpáticos y muy manejables. Ingresamos al de Metales Preciosos, que muestra brillantes colecciones de piezas precolombinas trabajadas en oro, en plata o en cobre. Más allá hay una muestra sobre la chola paceña, cuyo atuendo fue incorporando detalles parisinos como la bota de media caña con tacos altos y un sombrero jipi-japa (nombre de la paja que he hallado hasta en Mérida, Yucatán). No podía faltar una exhibición de la máxima tragedia nacional: la Guerra del Pacífico contra un Chile, respaldado por los ingleses apropiados del salitre. Y está la casa del prócer Murillo, que conserva la atmósfera de los albores de la Independencia.

De la gran Historia a la *petite histoire* por donde uno va. En el céntrico y tradicional Paseo del Prado, entramos por un plato criollo al Eli's y descubrimos a otro portador excepcional de la historia viva de la capital, Max, un mesero que camella aquí desde el año 54 y ha visto pasar a todos y todo, inclu-



Mansión colonial de la villa de Potosí.

yendo al Che Guevara. “Yo era niño de la calle, soy impedido, tengo una extremidad ortopédica, por eso me atrevo a sentarme con los clientes”, dice sirviéndome el succulento pique criollo y sentándose para mi felicidad (nada me gusta más que escuchar a un narrador de estirpe mientras hundo la nariz en la cerveza foránea) a desgranar anécdotas de Juan Lechín, “la COB quedaba aquí al lado”, del día en que mataron a Marcelo Quiroga Santacruz, “por ahí anda el asesino, ya viejo”, del Carlos Messa, que era periodista famoso y un día lo invitó a compartir un programa con Víctor Paz Stensoro, ni más ni menos, y del Evo, que venía a desayunar cuando había huelga de hambre; en fin, qué no ha visto... ¿Y ahora? “Yo le veo muy incierta la suerte de este país, no puede haber cambio de la noche a la mañana, primero tiene que haber educación”. Toma tu maqueño.

De las cuatro mansiones que quedan en El Prado de los tiempos de los barones del estaño, los Patiño, Aramayo, Hoschild, una hospeda, tras sus arabescos de hierro forjado, al Museo de Arte Contemporáneo. Pero la muestra deja mucho que desear, justo lo opuesto del Carnaval de Oruro, donde cientos de miles de romeros esperan ver saciados sus deseos.

Las diabladas de Carnaval

Amigo desde el colegio, Leonardo Carrión, actual embajador en Bolivia, tiene invitaciones al palco del prefecto, sitio privilegiado para contemplar el paso por el parque de las incesantes comparsas carnavaleras. De modo que abandonamos temprano la capital por El Alto, la ciudad de más rápido crecimiento de América Latina, casi un millón de indígenas y campesinos que han venido huyendo de la miseria y la soledad, atraídos por el resplandor engañoso de la vida urbana. Inmensa, plana, desordenada, caótica, con casas de ladrillo siempre visto, siempre inacabado, con un tráfico que no respeta andariveles ni semáforos, con ventas agresivas y una vitalidad desbordada que a la hora de la protesta pone muertos en el asfalto.

Cruzamos bajo un sol de verano la inmensidad de la puna cubierta de una paja esmirriada, con cultivos ocasionales de papas, habas, quinua. Las casas parecen brotar del mismo barro rojizo, con techos de paja o zinc. Rumbo al oeste, arranca el camino hacia Arica. Pasan dos ciclistas de pieles curtidas, pedaleando como si nada en esta altitud, junto a la gomería Veloz. Asoma un cementerio en medio del vacío, sin cercas, pista ideal para las almas (y los extraterrestres). En Caracollo se desprende, hacia el este, la vía a Cochabamba.

Oruro nos da la bienvenida con la escultura inmensa de un casco de cobre.

Para este pueblo minero, la llamada Entrada del Carnaval es el día más importante del año. Tienen razón porque la verdad es que no me esperaba tanta riqueza, tanto despliegue de vestuarios y figuras, tanta alegría andina y amazónica, pues acá concurren de toda Bolivia y de todos los estratos, razas y oficios: potentados, colegialas, mineros de pico y taco, políticos, chiquillas de talle avispa girando como perinolas, llegan todos a bailar a la Virgen del Socavón, olvidados por tres días de las guerras políticas (aunque no falte una tarima de chicos *high* que cante un estribillo grosero contra Evo). El presidente, natural de este departamento pero que emigró de estas frías pampas a cultivar coca en tierra caliente, se integra al festejo con una lata de carioca y su sonrisa despampanante.

No hay espacio aquí para revisar las leyendas que se entretajan en la celebración, desde los mitos de los urus originarios hasta la representación del arcángel San Miguel, quien combate al mal encarnado en la famosísima diablada, cuyos alegres y sudorosos enmascarados son portadores de los siete pecados capitales, que, en formas de cuernos retorcidos, orejas triangulares, serpientes y dragones de ojos saltones, se enroscan en sus cabezas.

Otra danza abigarrada y abrumadora es la morenada, inspirada en los esclavos negros, traídos a morir en las minas. En las tarimas arrecia el juego con agua y carioca; las bombas vuelan sobre las comparsas de un lado a otro, pero respetando a los bailarines, que pueden ser también rudos camioneros ataviados de mejillones con cascos metálicos y barbas plásticas.

—¡Besitos, besitos! —exigen a gritito pelado los varones a las chicas que vienen girando las caderas sin tregua, dejando muslos al aire. Y ellas coque-

tean de vuelta y el solazo ayuda y la sensualidad nos envuelve a todos porque de eso se trata, todos corean los estribillos de las canciones, incluyendo un par de ritmos ecuatorianos, todos sudan o se mojan, y beben cerveza Paceña, aunque sin llegar a la borrachera colectiva habitual en nuestros pagos, doy fe.

El ritmo va *in crescendo* a medida que avanza la tarde y cae la noche, y siguen entrando los grupos de caporales, guerreros con lanzas y plumas, *tikus*, *wistus*, y el jolgorio continúa a lo largo del día siguiente, pero siempre remata en la capilla de la Virgen, donde los danzantes entran de rodillas hasta el altar a rendirle pleitesía, pagar promesas, pedir favores. (Quién pudiera leer las mentes y registrar el tumulto de los deseos humanos, pobre Virgen, lo que tendrá que atender, desde que “mi vecina se deje” hasta que el pueblo apruebe la Constitución del MAS). Mientras tanto, en el mercado, junto a las cartas del Tarot, un mestizo avispa lee la fortuna de sus clientas en las formas que dibuja el estaño derretido. Pero lo más tradicional es echar las hojas de coca y descifrar su mensaje.

Errores de principiante

Casi no llegamos a Potosí. Y casi no volvemos. Nos entregaron el jeep alquilado, un Rav azul, en la locura de Oruro, con medio tanque de gasolina. Pensé llenarlo en el camino. Error de principiante en tierra desconocida. La tarde era muy linda e íbamos de lo más contentos orillando dos grandes lagos, el Uru Uru y el Poopo. Un rato paramos a fotografiar las ruinas de una instalación minera, que llamaron la atención de Amanda. En la pampa pastaban

Fabulosas máscaras de la Morenada y la Diablada, que participan en el Carnaval.



llamas, alpacas lanudas, ovejas. Finalmente, donde el camino se bifurca hacia el Salar de Uyuni, asomó una chulla gasolinera... que no tenía combustible. ¿Dónde hay otra estación? “En Potosí”, dijo un chofer. ¡Somos (por no decir cagamos), no alcanza! “Quizás consiga algo preguntando”. Encomendados a la Pachamama, echamos *palante*, tensos, mirando minuto a minuto la aguja decreciente del medidor. Llovía ahora, no pasaba un alma, de cuando en cuando alguna casita asomaba la nariz terrosa entre la niebla. Si nos quedamos botados la noche, amanecemos congelados, pensé en voz alta, asustando a Amanda.

Con las justas, en un pueblito conseguimos una caneca. ¿Quién iba a decir que un litro de gasolina nos pondría más felices que una botella de *singani*? Ni siquiera Celestino, un muchacho indígena de 14 años a quien dimos un breve aventón.

Por la noche, un frío de verdad se instaló en las empinadas calles de Potosí, adonde no volvía desde los años 70. Como si nada, grupos de jovencitos correteaban por las callejuelas al ritmo de sendas bandas, inmunes a los baldes de agua que les echaban de los balcones. Más allá, las buenas gentes (y las malas) salían de misa de 7 con sus trajes oscuros y se perdían tras los portones de mansiones centenarias. Solo faltaba el cura sin cabeza...

Al día siguiente, al retornar de la mina de Cerro Rico, nos esperaba, en El Fogón, el plato estrella de la cocina boliviana: el picante de lengua de vacuno, hervida en ají molido en piedra, acompañada por esas papas deshidratadas al sol que se llaman *chuño* y conservan un sabor más a tierra, la memoria del tubérculo, en una salsa ligeramente aceitosa que no se mezcla con la roja y espesa de la lengua (honradamente se me hace agua la boca al escribir esto).

Ya de vuelta al Titikaka, paramos a tomar fotos en un mirador y casi nos asaltan, nos salvamos por un pelo, mejor dicho por un pito, pues un taxi que pasaba nos alertó con su bocina y vimos a dos tipos que se nos venían por detrás de las rocas con esos garrotes que alzarón amenazadores el rato en que escapábamos. Segundo error: estacionar con la trompa hacia el abismo, y el retro del Rav que no entraba. Pienso: ésta era la ruta de la plata, el camino hacia El Callao, ¿cuántos habrán marchado en estos siglos, desde 1544: guandos, chapetones, bandoleros?

—Las huellas geológicas también se vuelven locas —señala Amanda los cortes de las laderas donde se han registrado, como inmensos arabescos, los cataclismos del planeta. En medio de esta naturaleza impresionante, a lo largo del camino, se celebra el ritual de la *challa* que consiste en invocar la buena fortuna y la reproducción de los bienes

El estrecho de Tikina une dos sectores del lado Titikaka.





DE IZQ. A DER.:

- Dos tíos adornados por los mineros de Cerro Rico.
- Niños que nacen, trabajan y mueren en el socavón.

materiales. Autos y busetas son engalanados con globos, serpentinas, arreglos florales y adornos de colores, y les van rociando aguardiente en la carrocería y las ruedas. Luego arceja la fiesta, con charango, mote, carne de llama, chicha y baile. En la entrada de casas y negocios, también esparcen pétalos de flores y trago para la Pachamama. Y a las llamas que pastan libremente les colocan unas lanitas de adorno en las orejas para que se reproduzcan alegremente.

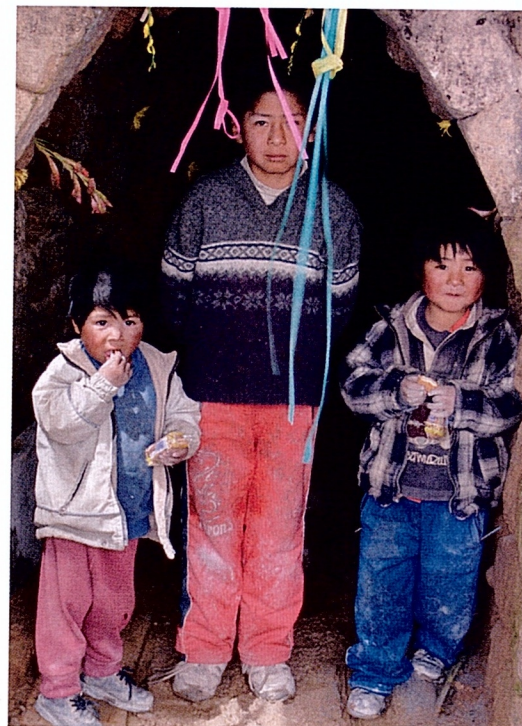
Durante un trecho nos acompaña Juan Carlos, un conscripto que vuelve al cuartel. Cuando termine, sueña con ir a Buenos Aires a trabajar como sastre. “Allá se aprende, aquí no, porque se necesita dinero para estudiar”, dice con el mismo tono con el que cuenta que si nieva mueren las llamas a la intemperie. Se apagan, digamos. ¿Y

hay zorros por aquí? “Hay, hay”, afirma con el mismo ritmo del “ari, ari” quechua.

A orillas del Titikaka

Anoche relampagueaba sobre el lago y golpes de lluvia flagelaban las ventanas. Pero el sol del amanecer del último día de viaje ilumina las torres del santuario de Copacabana y se refleja en el *glass* del lago sagrado de quechuas y aymaras. ¿Y ese *glass* agringado?, dirá alguno. Resulta que este pueblo a orillas del Titikaka es un imán para los mochileros, europeos sobre todo, esos que llamo inmortales porque mientras yo envejezco ellos lucen igual que los de mi primera vez aquí, hace treinta años, cuando la sangrienta dictadura de Banzer ponía las fotos de los rebeldes en los postes y las aduanas. Supongo que algunos de aquellos jóvenes melnudos estarán en el Gobierno, empezando por el vicepresidente, que en su juventud fue guerrillero.

¡Ah, las vueltas que da la vida! Casi como las vueltas que da el camino que,



luego de cruzar en gabarra por el estrecho de Tiquina, ofrece desde arriba unas vistas espectaculares hasta más allá del horizonte, donde queda Puno, ya en Perú, y las islas de totora de los urus. Qué ganas de meter la pata en el acelerador, pero no, eso será para otro viaje.

Ahora, luego de dar una vuelta en lancha por los alrededores y mirar el cerro del Calvario y la suave concha de la caleta (de aquí se llevaron el nombre Copacabana a la famosa playa de Río) y de visitar a la Virgen —cuya imagen fuera tallada a principios de la Colonia, como tantas otras—, en el trayecto a la capital miramos las instalaciones de la Armada boliviana, una marina que se quedó sin mar, pero que aguarda con paciencia mineral acá, donde los ciclos de la Pachamama se miden por milenios, y hoy toca el despertar, el *Pachakutik*.

Como telón de fondo se yerguen los picos nevados de la cordillera, entre ellos el Illampu, el Huayna Potosí y el portentoso Illimani que vigila La Paz. Y la guerra. **D**